

adaptándoles al medio ambiente en que se desarrollen. Por ejemplo, a los muchachos de un distrito industrial de zapatos se les enseñan los diversos procesos del curtido, hasta que el cuero se convierte en zapatos. Se les enseña

también la compostura del calzado y después el modo de manejar una tienda de zapatos y venderlos. Y lo mismo en todos los demás órdenes de la industria.

(La Revista del Mundo, New York).

DEMPSEY - CARPENTIER

Por JOSÉ JUAN TABLADA

HACÍA una semana que no se hablaba en Nueva York de otra cosa sino de la más grande lucha pugilística que el mundo moderno haya presenciado.

Lucha máxima por los premios asignados a los gladiadores, por el tamaño del circo, por las multitudes que asistieron y quizás también porque es la primera vez que un púgil de Francia osa desafiar a un sajón...

Porque, circunstancias que hacen pensar muchas cosas, el campeonato del puñetazo no ha sido poseído hasta ahora más que por los sajones o por... los africanos.

El deporte no puede ser más primitivo, más cavernario, tanto que cualquiera de la edad de piedra, neolítica y aun paleolítica, es ya respecto del puñetazo un gran progreso, un estado de civilización superior.

La riña a pedradas, el usar una piedra como arma en vez del simple puño, es ya un acto de inteligencia como usar para transportarse la rueda en vez del pie desnudo.

Los sajones, pues, y los negros africanos han sido los sacerdotes del deporte cuaternario, conservando celosamente el venerable prestigio de la barbarie primitiva.

Espanoles y mexicanos, con nuestras corridas de toros, somos unos advenedizos apenas, en la conservación de los ritos ancestrales. La tauromaquia es inferior al pugilato, porque para su compleja «mise-en-scene», necesita algo más que cuatro puños.

Requiere, en efecto, ciertas condiciones de civilización: que el hombre haya domado al caballo; que haya descubierto y fundido los metales y desarrollado el comercio hasta el grado de importar de la Sérica, el material indispensable para las capas «de paseo» y los trajes «de luces»...

Así pues, el hecho de que Carpentier, un francés, haya venido de la Ciudad Luz a Nueva York, que haya descendido desde un aeroplano de guerra y aterrizado en una palestra de puñetazos, para enfrentarse con Dempsey, como un antropomorfo cualquiera, ha constituido por inusitado, uno de los atractivos de esta pelea que llenó el colosal estadio con una muche-

dumbre tal como no se había congregado en el mundo para presenciar un espectáculo, después de los circos de la antigua Roma.

Ni por un momento podía creerse que Carpentier venciera a Dempsey, como jamás podía esperarse que ningún yanque venciera a Merignac florete en mano, o que un atleta japonés fuese vencido por ningún extranjero en una lucha de «jiu-jitsu».

Esos deportes son aplicaciones singularísimas del espíritu de las sendas razas. La inteligencia y el coraje francés están en la punta del florete; la paciencia y la celeridad felina del japonés en el «jiu-jitsu» fulminante... Es el espíritu de la raza. ¿Pero existe espíritu alguno en la lucha de box, una mínima función intelectual siquiera...?

Personalmente opino que no... ¡Mas no hay que ser exigente con el primate cavernario...!

Os he dicho que la lucha a puño limpio coincide con la aparición del hombre sobre el planeta. Es anterior a la flecha de sílex...

Quizás lo practicaba con mayor eficacia aunque no con mayor provecho que Dempsey (que ganó 300,000 dólares) aquel campeón, injustamente olvidado, que se llamó el Pithecanthropo Erecto.

El boxeo es casi inhumano; no por cruel, sino por animal. No existe en toda la serie zoológica una bestia capaz de tirar florete o de aplicar una llave de «jiu-jitsu»...

En cambio, el kanguro boxea admirablemente y cualquiera mula ofusca a un campeón, en el impacto de los

miembros proyectados con fuerza incontrastable.

Es un axioma en el boxeo que la superioridad pugilística consiste en la fuerza para dar golpes y en la fuerza para resistirlos. Fuerza activa, fuerza pasiva; pero nada más que fuerza.

El campeón de florete o el campeón de «jiu-jitsu» pueden tener el orgullo super humano de decir:

¡No existe en el mundo ningún hombre, ni ningún animal tampoco, elefante, un caimán o tiburón que pueda vencerme en el ejercicio de mi arte!

En cambio, cualquier campeón de box, sajón o negro, Dempsey, Johnson o aquel Bendigo que peleaba hasta cincuenta «rounds» con los puños desnudos, se sentirán humillados ante una mula cualquiera...

No hay que juzgar al pueblo americano por los petroleros americanos, ni por los judíos de Wall Street...

El pueblo americano es bueno y hasta generoso. Lo prueba la franca simpatía con que acogió a Carpentier, la nobleza con que alentó sus ambiciones al campeonato y con que después atemperó su derrota.

Hay en esto un acto de justicia y de sentimiento moral.

Carpentier no es sólo un pugilista; fué un valiente soldado de su patria y evidenció su altruísmo y su solidaridad racial peleando en las trincheras y en los aires.

Dempsey no es más que un boxeador, un gigante nato, con un egoísmo tan sólidamente trabado al cuerpo como sus bíceps y sus tríceps. Evadió la guerra «emboscándose» bajo las sayas de una esposa de quien se había divorciado...

Y hoy, por una aberración pugilística, se ciñe los riñones con una bandera americana.

Riñones que no tuvo para la lucha altruísta, donde no había 300,000 dólares que ganar...

Bandera que no supo defender en los campos donde en cambio murieron sabios, héroes, poetas, maestros...

Carpentier, de haber nacido en el siglo XVI, habría sido un Duguesclin.

Dempsey de haber nacido en cual-

¿LE GUSTA EL ORNATO DE SU CASA?
HA PENSADO EN CASARSE?

Pase antes al Taller de Ebanistería de

AURIEL GALLARDO

Frente a "La Viña",

Parque de Morazán, SAN JOSE, Costa Rica